

COLABORACIONES

Desde la cuna

por Pedro Burruezo*



LEONOR BENITO DE LASTRA, EL PLACER DE LEER, BIB. MUN. DE SALAMANCA, 1995.

Crece en un ambiente cultivado, donde la preocupación por la cultura (una cultura amena, eso sí) es algo cotidiano, es ideal para el niño. Que el placer de la lectura se viva en

el domicilio familiar como algo habitual y compartido con los padres (más allá de las obligaciones escolares) es, sin duda, un acicate que estimula en el pequeño su

imaginación y su curiosidad. Los que no tuvimos esa fortuna reivindicamos hoy para nuestros hijos aquello que la ignorancia de otras épocas nos negó.

Muchos de nosotros no hemos tenido la suerte de crecer en un ambiente *cultivado*. Por eso, sentimos una cierta envidia cuando conocemos a tal o cual personaje que, ya desde su más tierna infancia, pudo gozar, en su propia casa, de un ambiente preocupado por la cultura, en su más amplia vasta acepción. Aunque es bien cierto que han surgido grandes ignorantes de familias ilustradas, también es verdad que, cuando se siembra en un terreno abonado y regado con regular periodicidad, las plantas crecen con mayor fuerza, con más lustroso vigor y, por supuesto, más rápidamente. Y la cultura no nos hace ser mejores ni peores (hay que recordar que muchos dictadores fueron hombres leídos), pero nos ayuda, cuando es preciso, a poder construir nuestro mundo, propio e intransferible, en la sociedad tantas veces poco grata que nos rodea.

Huérfanos de inquietudes artísticas, algunos de nosotros (los que nacimos en la época del Seiscientos) crecimos al amparo del pragmatismo de los humildes: «Tu... Ya sabes... Búscate un trabajo pronto y un sueldo fijo, que es lo único serio. Estudia, pero no pierdas el tiempo leyendo, que no lleva a ninguna parte. Eso es para los ricos». Y estamos aquí (que no es ni más ni menos que allá o que acullá) porque, huyendo de esas infames ciencias exactas, encontramos cobijo (en los libros, en la música, en el teatro...) allí donde, precisamente, nuestros progenitores nos habían dicho que eran lugares prohibidos. No crecimos en un entorno propicio para el leer: el placer de los libros, de los discos, del teatro... lo descubrimos cuando empezamos a saber que hacíamos, y cómo, dónde, y con quién queríamos hacerlo. Nuestros padres dejaron en manos del Estado, de la Enseñanza (ya pública, ya privada...) y hasta de la religión la mayor parte de nuestra base cultural. En casa, se desentendían. Ni jugaban con nosotros, ni nos leían, ni nos aconsejaban... ¿Para qué, si ya estaba la tele? Todo eso, en no pocos casos, tuvo resultados muy nocivos (e irreparables, e irreversibles) para los que hoy ya son hombres y mujeres enfrentándose a las contradicciones de este impredecible fin de siglo.



EMILIO SANCHEZ MARTÍN, MARTA Y CRISTINA (EL PLACER DE LEER), BIB. MUN. DE SALAMANCA, 1995.

Medios de masas

En España, antes de la década de los setenta, en la cultura popular existía un cierto desvelo por los niños. Es cierto que, en muchos casos, empezaban a trabajar muy pronto, pero las casas eran más grandes, había lugares donde jugar y había tiempo para hacer las cosas. Durante muchísimos lustros, los cuentos de los abuelos y las nanas de las madres eran una forma muy válida, muy entrañable, de literatura infantil y de iniciación a la música, más adecuada, incluso, que muchos de los libros y discos que se editan hoy para los pequeños. Pero los medios de comunicación de masas han venido a dar al traste con aquellas formas de tradición y arraigo

oral de tan ancestrales orígenes y de tan benefactores resultados. No había medio más interactivo, tierno, cercano y polivalente que las historias de la abuela. No hay aparato reproductor (ni japonés, ni alemán) más sofisticado y fidedigno que la armoniosa voz de una madre. Hoy, muchas familias, que siguen sin preocuparse de la trascendental educación de sus hijos, dejan en manos de la televisión las labores educativas en el tiempo de ocio de los niños. Con el paso del tiempo se verá cuán destructiva es esa poco utópica línea de actuación.

Por eso, los que forjamos nuestro entendimiento más allá de los cánones y las convenciones, más allá de los reparos y decretos de los más modes-



JULIÁN REDONDO, LOS TRES LOBITOS (EL PLACER DE LEER), BIB. MUN. DE SALAMANCA, 1995.

tos, nos vemos obligados hoy (en mi caso, con sumo placer) a seguir actuando con coherencia con nuestros postulados y, cuando nos llega el turno de ser padres, regalarle a nuestros hijos con donosura lo que a nosotros nos negaron (sin malicia, supongo). El niño que vive, desde que es un bebé y en su hogar, con normalidad su acercamiento progresivo (sin obsesiones, sin coacciones...) a las artes, a la cultura, tendrá más facilitada para desarrollar su imaginación, para responder con garantías de éxito a los aprendizajes de la vida y para tener una visión más amplia y fructífera del medio en que se mueve. No se trata de «colonizar» al pequeño, sino de crear el caldo de cultivo necesario para que él pueda elegir lo que más le guste. Será así como comprenderá desde pequeño que no existe sólo una

forma de cultura, sino miles; que no existe sólo un camino hacia la belleza y la sabiduría, sino incontables. Así se irá conformando su personalidad y el conocer tantas alternativas le llevará a la tolerancia, al respeto por los demás, a la independencia... Sin paternalismos, sin dirigimos, sin creernos que somos poseedores de la Verdad. Que tenga mucho donde elegir... Cuanto más, mejor.

Predicar con el ejemplo

Hay que predicar, más que con la palabra, con el ejemplo. Menos excesos verbales y más comportamientos cabales. Los niños actúan por mimetismo. Copian lo que ven. Si en su casa hay delicadeza, serán delicados; si hay vio-

lencia, serán violentos; si hay mugre, serán sucios... No se trata de reivindicar la cultura por creer que ello nos conduce a una élite. Se trata de aprender a disfrutar (nosotros también) con los pequeños detalles y contagiar ese entusiasmo de saber a los que vienen detrás. Sin ínfulas: por puro placer. Porque hay que reconocer que no son pocos los que, nostálgicos o no del 68, hablan mucho sobre hipotéticas fórmulas más imaginativas a la hora de la educación de sus hijos, pero, en el instante de la verdad, se apoltronan frente al monitor de televisión y, con sus hijos apalancados a su vera, dejan en manos de guionistas mediocres lo que sólo a ellos corresponde. Y lo que es peor, comparten todos, en una orgía de cansina inercia, el tedio y la abulia en perfecta e inerte armonía.



ANA PEYRÍ

Entonces, ¿que es lo que tenemos que hacer? Tal vez sea un error intentar «liderar» o «reconducir» a los niños hacia un mundo de adultos, en vez de dejarlos en paz de una vez. Pero, si todos los niños de la clase de mi hija quieren hacer la comunión, ¿tengo yo que llevar a la niña a la iglesia? Y si una mayoría de ellos se pasan la tarde, desde que llegan a casa, conectados al televisor, ¿tengo yo que dejar que mi hija haga lo mismo? ¿Que es preferible, que lea los relatos exquisitos de Wilde o que vea *Su media naranja*? En cualquier caso, la iniciación al mundo del arte no les corta las alas, sino todo lo contrario, siempre que el iniciador tenga una mentalidad abierta y no dogmática. El arte y la cultura no someten a los niños, sino que les dan alas para escapar a la perfi-

día adulta, a la perfidia de los convencionalismos y de los cánones sociales. Quizá lo mejor es que jueguen... A lo que sea...

Algunos de nosotros no tuvimos la suerte de contar con unos padres que fomentan en casa la pasión por las artes. Pero no solamente eso. Tampoco jugaban con nosotros, ni conversaban... Está visto que en demasiadas familias el proceso de comunicación entre padres e hijos es prácticamente nulo. Así que las lecturas, las visitas a museos, los teatros, los conciertos... eran para nosotros cosas escolares que, por esa condición, despreciábamos. Al menos, hasta los once/doce años... A partir de ahí, al menos en algunos casos que conozco, la cosa cambió. Tuvo que pasar bastante tiempo pues, para que aquellas cosas

que, con los años, se han convertido en nuestra favoritas, las que han agrandado nuestras miras, las que han fortalecido nuestra personalidad, fueran un gozo y no una obligación. Mi hija —todavía no tiene seis años— se va a dormir, desde que era un renacuajo, cada noche con un cuento distinto. Y todavía llevaba pañales cuando había ido más veces al teatro que muchos ciudadanos de a pie con medio siglo a sus espaldas. Y, por pasión por el dibujo, se pasa el día representando en cuartillas a sus hadas y duendes predilectos. Y goza de todo eso. Desde la cuna. A muchos, estoy seguro, también nos hubiera gustado. ■

*Pedro Burruezo es periodista, compositor, crítico de flamenco y escritor -inédito- de relatos infantiles.